



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

EL PENSADOR Y EL CENSOR: CLAVIJO Y CAÑUELO

Francisco SÁNCHEZ-BLANCO
(Ruhr-Universität Bochum)

Recibido: 17-04-2020 / Revisado: 31-05-2020

Aceptado: 17-04-2020 / Publicado: 21-12-2020

RESUMEN: La comparación entre los dos periódicos más importantes de la segunda mitad del siglo XVIII ayuda a concretar el ideario de lo que se debe entender por Ilustración en España y a mostrar su continuidad y coherencia.

PALABRAS CLAVE: Periodismo, educación, diversiones, virtudes cívicas, ideario ilustrado.

EL PENSADOR AND EL CENSOR: CLAVIJO AND CAÑUELO

ABSTRACT: The comparison between the two most important periodicals of the second half of the 18th century helps to specify the idea of what should be understood by Enlightenment in Spain and to demonstrate its continuity and coherence.

KEYWORDS: Periodical publication, education, entertainment, civic virtues, enlightened ideology.

El libro *Ciudadanos* de Simon Schama (1989; trad. esp., 2019) resalta la presencia de nobles y clérigos desclasados en la preparación de la mentalidad que conducirá al derrocamiento del Antiguo Régimen en Francia. Aplicada a España, tal tesis podría dar pábulo a la opinión de José Miguel Caso González, según la cual detrás del periódico más revolucionario de la Ilustración en nuestro país podría estar una tertulia de grandes aristócratas, miembros del Gobierno e incluso el mismo Rey (Caso, 1989: 787-799). A mí me cuesta trabajo imaginarme a ese grupo como personajes desclasados batiéndose por intereses ajenos. Indudablemente hubo entre los españoles críticos algún que otro personaje con patente de hidalguía así como también hubo otros que vestían hábitos talares. El mismo editor de *El Censor* recuerda con ironía a sus lectores que tenía la desgracia de tener abuelos no desconocidos (D. 116: 918),¹ pero de ahí a considerarse un aristócrata de alta alcurnia o presumir de antepasados hay mucho terreno. Lo más verosímil es que los que tomaron la pluma para dirigirse al público fueran individuos pertenecientes a las «clases intermedias» —no propiamente burguesas— con cultura literaria y preocupaciones políticas. Tales cualidades se daban entre funcionarios de los diversos ramos de la administración estatal civil y militar.

El presente artículo pretende profundizar en las relaciones entre periódicos y periodistas de aquel entonces. Los dos periódicos más importantes de la España del siglo XVIII muestran suficientes similitudes como para buscar establecer lazos más estrechos. A falta de biografías detalladas que pongan en relación a los dos redactores principales habrá que contentarse con una exposición de la proximidad temática y de la consonancia ideológica entre ambos.

Se deja provisionalmente en el aire si José Clavijo y Fajardo (1726-1806), autor de *El Pensador* (1761-1765), formó parte posteriormente de la tertulia de Luis García del Cañuelo (abogado) y Luis M. Pereira (abogado y economista), editores de *El Censor* (1781-1787).² La labor periodística de Clavijo no termina con la desaparición de su periódico. Se prolonga al ser nombrado en 1773 responsable del *Mercurio*, un periódico gubernamental que se reservaba la información internacional. Por otras fuentes (Domergue, 1981) sabemos que los periodistas españoles de la época intercambiaban entre sí noticias y opiniones, y hasta mostraban una cierta solidaridad gremial. Clavijo fue también una persona con cargos importantes dentro del funcionariado y llegó a ser el director del Gabinete de Historia Natural. Se dice que gozó del apoyo de ministros como Wall, Grimaldi y Floridablanca e incluso que tenía cierto predicamento ante Carlos III, el cual por razones de cuidar la imagen del país en el extranjero o por razones particulares no se inclinaba por la prohibición de periódicos, a diferencia de inquisidores sañudos y ministros celosos de su fama, sino que creía que la existencia de la prensa con alguna carga crítica era conveniente para dar a los ojos del mundo la imagen de un país ilustrado. La cuestión irresuelta es si Clavijo, al comenzar a traducir la ingente obra del Conde de Buffon, rompió todas sus conexiones con el periodismo.

La probabilidad de que Clavijo cruzara su camino en la Corte madrileña con Cañuelo y Pereira no es nada despreciable. Formaban parte de una facción de hombres de letras animados a criticar el país y a utilizar la pluma como palanca para impulsar las necesarias reformas. El mundillo literario de Madrid y su minoría ilustrada, así como el restringido gremio de la prensa, no era tan extenso como para que dos apasionados de la sátira de costumbres, que se inspiraban en los mismos modelos literarios, no se encontraran más de

¹ En este artículo se citan como P los «Pensamientos» de *El Pensador* (Clavijo) y como D los «Discursos» de *El Censor*, añadiendo la página. Bajo «Cañuelo» entiéndase siempre el tándem Cañuelo/Pereira.

² Los pocos datos que tenemos sobre los dos editores se encuentran resumidos en la «Introducción» a la antología de Elsa García-Pandavenes (*Censor*, 1972: 20-23).

una vez en tertulias y reuniones. Entre los periodistas no había solo animosidad de unos contra otros. Por el contrario, los periódicos suelen hacer publicidad de obras ajenas y con frecuencia se citan mutuamente. Da la sensación de que domina una cierta solidaridad y un amistoso contraste de opiniones por encima de alguna polémica ocasional. La poca diferencia de edad entre Clavijo, Pereira y Cañuelo les hace pertenecer a una misma generación y sus caracteres individuales no debieron obstaculizar una lógica cooperación.

Aparte de la posibilidad física de un conocimiento mutuo hay indicios que apuntan a la colaboración en materia literaria. En el discurso 26 de *El Censor*, el redactor avisa que encarga la secretaría de usos y modas a un tal Phileucosmos, nombre que se puede traducir como el amante del bello universo. Igual da que ese «bello universo» se entienda como el bello sexo o como la bella naturaleza, en ambos sentidos cuadra con Clavijo, el cual, por esas fechas, ya se había especializado en los estudios de historia natural.³ La descripción que Cañuelo hace de sus méritos y antecedentes va también en la misma dirección:

El Público ha visto ya como ha empezado a ejercer su empleo. Puede ser que no haya sido muy agradable a las Damas, pero por una petición fiscal que acaba de presentar, me persuado que borraré cualquiera impresión poco favorable que en ellas haya causado su respuesta por los perros de falda y le restituirá enteramente a su gracia (D. 26: 403).

El «público» al que se refiere, en la terminología de la época, no es la tradicional república literaria sino el lector de periódicos interesado por cuestiones de la vida social. Por lo tanto todo da a entender que se trata de un periodista.

Inmediatamente después, la carta de un supuesto lector cita implícitamente a Clavijo: «Un escritor por todos títulos muy respetable da la siguiente definición de la mujer: es, dice, un animal que se deleita con el adorno» (406). Phileucosmos vuelve a aparecer en el discurso 56 (147) a propósito de un amigo que tiene la idea periodística de crear un «Correo de las damas».

En otro lugar, Cañuelo también alude (D. 33: 517) a un pretendiente que quería integrarse en el tribunal censorio, el cual para congraciarse con él y con su impresor intenta sobornarlos con vino de Canarias. Ese otro colaborador podría ser Tomás de Iriarte o José Viera y Clavijo.

La identificación de Phileucosmos con Clavijo apoyaría la suposición de un contacto más estrecho entre ellos. No obstante, tal suposición se convertiría en agua de borrajas si en el texto de ambos periódicos se detectaran contradicciones insalvables o mentalidades contrapuestas en terreno social, político o estético. Pero ese no es el caso, sino todo lo contrario. Abundan mucho más las consonancias que las discrepancias. De cualquier modo, al margen de los datos biográficos, merece la pena exponer la forma en la que los periódicos que ellos editaron dan expresión a la mentalidad ilustrada y a las polémicas con otros sectores de opinión en la España de Carlos III.

LOS EDITORES Y SU PÚBLICO

La primera similitud entre ambos periódicos la hallamos en la autopresentación del editor. No hay que valorarla excesivamente porque obedece a un modelo bastante convencional: genio adusto, humor tétrico, sensibilidad acusada, etc. El retrato físico apenas

³ Precisamente la carta de un lector dirigida a la secretaría de usos y modas de *El Censor* (D. 49) muestra esa curiosa mezcla de ciencias positivas y descripción de costumbres tan propia de Clavijo.

interesa, aunque en algún momento Clavijo insinúe que es más rechoncho que esbelto. Cañuelo, por su parte, se esfuerza en hacer su figura invisible. Nos queda un autorretrato moral con rasgos de individuos reflexivos, es decir, de personas que piensan. Clavijo, quizá para proteger de antemano su proyecto periodístico, afirma que los asuntos de Gobierno no le inquietan ni tientan su curiosidad. Tampoco aspira a mandar. «Pensador» y «censor» tienen una mente delicada que les impulsa a aborrecer los vicios e idioteces de sus paisanos. La razón, antes que el patriotismo, les obliga a descubrir los defectos que han tomado carta de nacionalidad en su entorno. Tanto uno como otro se identifican en algún momento con la figura de Don Quijote en una lucha desigual contra la sinrazón reinante en costumbres o leyes.

Aparte de rasgos comunes en el retrato psicológico ambos periodistas coinciden en la relación autor-lector. Frente al pensador o el censor se sitúa el «público», con el que mantiene un diálogo, a pesar de que la mayoría de los lectores que intervienen con cartas y comentarios se deben considerar ficticios. El periodista se autodefine como «escritor público» y mantiene un diálogo continuo y abierto, a veces simulado, con lectores, lo cual, al menos, le permite un juego de perspectivas ya que sus interlocutores aprueban o critican temas tratados con anterioridad por el editor.

Pensador y censor se dirigen a un auditorio ilimitado. No quieren halagar a benévolo lectores ni invocar la protección de mecenas generosos. El «público» es el lector que se informa y enjuicia, y, por tanto, una instancia que legitima la labor del periodista sin necesidad de recurrir a otras autoridades y títulos. Solo con él espera llegar a un acuerdo basado en el sentido común.⁴ Esa instancia permite al escritor presentarse en grado de igualdad, lo que no sería posible si quisiera captar la benevolencia de personajes poderosos de quienes solicita protección. El «público» es distinto del vulgo ignorante o de aquellos que actúan por la inercia de la tradición o por temor al prepotente. Ese vulgo no solo se deja arrastrar por la corriente de la moda sino que, a veces, sigue instintos sanguinarios o muestra un ánimo cobarde, hipócrita o halagador. Precisamente el diálogo entre el pensador y el público versa a veces sobre esa muchedumbre insensata en muchos casos, en otros, depravada y, casi siempre, de mal gusto.

A propósito de las fuentes que utiliza, en Clavijo se encuentran enumeraciones explícitas de autores. En cuanto a las fuentes implícitas, de forma muy concreta, H. Petersen (1936) ha señalado los párrafos en los que Clavijo traduce casi literalmente la versión que hizo Marivaux del periódico inglés de Joseph Addison y Richard Steele, y Philip Deacon (2015: 236)⁵ lo que toma de Jonathan Swift. Cuando Clavijo se refiere a la oratoria sagrada empieza por los clásicos para pasar más tarde a los autores cristianos. De forma algo encriptada hace un comentario sobre la «historia Gerundiana», sin nombrar abiertamente al jesuita José Francisco de Isla, diciendo que su autor trató el tema «hasta donde y más allá de donde se podía llegar» (P. 24: 313), esto último aludiendo a la persecución que sufrió por los inquisidores. Cuando se ocupa del teatro menciona a los preceptistas Iusepe Antonio González de Sala, Alonso López Pinciano e Ignacio de Luzán. En la polémica de los sexos cita a P. J. Boudier de Villemert (*L'ami des femmes*, s. l., 1758). Otras cosas las toma explícitamente del *Journal encyclopédique* de Bouillon. Ya en su tiempo sus lectores fueron conscientes del trasfondo ideológico de Clavijo como lo demuestra *El amigo y*

⁴ Esta corriente filosófica, que tuvo su mayor representante en el jesuita Claude Buffier, era bien conocida en España. Cañuelo lo cita tácitamente en su tratado sobre la «civildad» a la hora de hablar de la urbanidad en las conversaciones (D. 17).

⁵ Con Philip Deacon he mantenido una amistosa correspondencia durante toda la gestación de este artículo. Le agradezco sus amables sugerencias.

corresponsal del Pensador. Primera carta que contiene una crítica sobre los filósofos de moda (Madrid, 1763) de Antonio Mauricio Garrido.

Las fuentes de Cañuelo son mucho más amplias en todos los campos. En lo referente a la Ilustración Europea cita, entre otros, a Bayle, Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau. Tiene también conocimiento de los autores modernos «enciclopedistas», materialistas y libertinos.

Tanto Clavijo como Cañuelo se describen como hombres que piensan. Pensar significa observar y reflexionar. Unir la experiencia al raciocinio ya había sido el lema de Benito J. Feijoo para combatir todo tipo de errores que habían adquirido carta de nacionalidad. Mientras que el benedictino se ocupaba de criticar las opiniones comunes en medicina, historia y ciencias naturales, Clavijo se fija en las costumbres de la sociedad madrileña, mucho más afectada que la de provincias por los cambios de las modas y por un estilo de vida marcado por el dispendio y la ostentación. Los vicios y defectos que va a describir son los locales y cortesanos y, hasta cierto punto, los que adolece a la nueva clase urbana. Su método es la descripción como lo pudiera hacer un naturalista con las conductas de los animales. La costumbre es ridiculizada o pintada con rasgos caricaturescos.

La cuestión de concretar las virtudes opuestas a los vicios también la afronta, pero sin grandes alardes teóricos. A Clavijo le interesan las virtudes cívicas, esto es, las que facilitan el trato humano. También Cañuelo concede especial importancia a la urbanidad. Parten del presupuesto que el individuo es social porque necesita de los otros. De ahí que sea la utilidad de sus acciones, su trabajo, lo que le hace integrarse en la vida comunitaria. La ociosidad y el parasitismo cunden sin embargo por todas partes y esto implica un mal ordenamiento de la vida civil o una pervisión de los principios morales. Clavijo, aparentemente, no quiere meterse en asuntos reservados a la autoridad política y al gobierno. Se contenta con ir descubriendo comportamientos que chocan contra la razón y el buen gusto en el trato cotidiano. El marco de observación se centra en la vida familiar, las relaciones en el matrimonio, la convivencia con los criados y los contactos con amigos y conocidos. En raras ocasiones eleva la vista al conjunto de la sociedad para apuntar a la desigual distribución de la propiedad, a la tramposa oposición a puestos administrativos o a la función de alguaciles y jueces. No obstante, el mismo Clavijo era plenamente consciente de que se ocupaba demasiado de bagatelas. Al menos su segundo «yo», expresado en forma de carta de un corresponsal, se lo recuerda muy pronto (P. 27). Una contraposición entre un presunto costumbrismo intrascendente en Clavijo y una comprometida crítica política en *El Censor* no se debe exagerar hasta el punto de hacer ambas actitudes incompatibles. De hecho, Cañuelo no desdeña esos cuadros «costumbristas» y los incorpora tempranamente a su periódico. Por ejemplo: el discurso 5, dedicado a la «incivilidad» que domina la vida pública, refiere al estilo de Clavijo, sus impresiones al asistir a una de esas reuniones del Madrid mundano. En el discurso siguiente una jovencita lo compara con *El Pensador*, haciendo la salvedad de que es menos misógino que su predecesor. Esa observación no tiene por qué provenir de un individuo ajeno a la propia tertulia. Las bromas e ironías que se gastan entre ellos también se reflejan en los escritos que se originan en esas juntas (Sánchez-Blanco, 1992: 154-158). Incluso una cierta diversidad de criterios o una corrección puntual no da pie para suponer una animadversión ni una lejanía. En el fondo, estos dos artículos muestran la continuidad temática entre ambos periódicos. La diferencia entre ellos consiste en alguna reflexión que Cañuelo acompaña al cuadro y que eleva la crítica a un plano superior, por ejemplo: cuando pinta a un gárrulo que solo habla de sí mismo y que no deja hablar a los demás, concluye hablando del «contrato de compañía», por el cual todo el mundo tiene el derecho a expresar sus ideas (D. 12: 183 y ss.). En cuanto a la ociosidad, la «madre de todos los vicios», ambos la combaten igualmente

pero Clavijo analiza las consecuencias funestas de fomentar la maledicencia y la pérdida de tiempo, mientras que Cañuelo indica que no habría ociosidad si la propiedad estuviera mejor repartida y no hubiera quienes viven de las rentas, esto es, del trabajo ajeno. Es más, en el discurso 44 (695) alude irónicamente a la «ociosidad santa», la de los frailes, que ha venido a ser legitimada por la teoría de la perfección cristiana.

Precisamente esa reducción del horizonte a lo doméstico confiere al periódico de Clavijo una clara originalidad en el contexto hispano, aunque en ese punto esté en deuda con los modelos ingleses. Su ideal de familia choca no solo con las modas importadas del extranjero sino con una tradición vernácula secular. Cambiar el linaje y toda la parafernalia de una conducta orientada por ese honor externo, propio de los hidalgos, por una ética burguesa del trabajo, de la racionalidad económica y de la moderación resultaba extraño en el ambiente de la Corte madrileña de la época. El lujo y la exhibición de riquezas seguirán avanzando en las décadas siguientes así como el número de los que imitan a los ricos. Abates, militares y jovencuelos que gozan de rentas cortas se suman al coro de los petimetres. Cañuelo⁶ censurará tal evolución que hace olvidar los auténticos valores que no se pueden adquirir con dinero: tiempo, libertad⁷ y salud, los cuales, sin embargo, por su naturaleza, solo se cambian por la moneda de la templanza.

Clavijo se vio obligado a luchar en dos direcciones distintas: contra los cerriles retrógrados y contra los superficiales progresistas. A él le molesta la moderna promiscuidad de los sexos en forma de cortejos, chichisbeos y «confesionarios» de tertulias y parece inclinarse por un retraimiento moruno de la mujer en la vida pública. Indudablemente, de la mujer tapada en el siglo xvii se había caído en el extremo contrario: impertinentes cortejos masculinos que se metían en las alcobas femeninas desde las primeras horas de la mañana y un descarado exhibicionismo de escotes y contornos del cuerpo por parte de las señoras. Las mismas madres se empeñaban en que sus hijas perdieran el pudor (P. 80). Del retraimiento se había pasado al «despejo» y a la «marcialidad». El libertinismo literario y práctico no era en la España de la segunda mitad del siglo xviii ningún fantasma en mente de gente timorata. *El Censor* (D. 44: 696), llega a decir que el cortejo es un amancebamiento tolerado por la moral del tiempo.

Indudablemente, Clavijo se explaya en describir los defectos femeninos y por eso se le ha tildado de antifeminista, pero no es muy unilateral al repartir las críticas. La falta de una formación adecuada o que se inclinen por la fatua coquetería son cualidades en las que los varones tienen gran parte de responsabilidad. *El Censor* está de acuerdo con su predecesor y subrayará por su parte la condición de víctima de muchas jóvenes, sacrificadas a los intereses pecuniarios de tutores o de ambiciones maternas.

La pedagogía que propone Clavijo es algo nebulosa y solo puede ponerse con cautela en relación con el tratado de John Locke sobre la educación (Negrín, 1995). Él se propone ridiculizar la forma de vida de los adultos. Otra cosa distinta es el ideal femenino conservador que parece esbozar y con el que no estarían de acuerdo las mujeres emancipadas actuales.⁸ En cuanto a la autonomía, Clavijo se muestra conservador. Le molesta que las mujeres modernas se orienten por las figuras femeninas pintadas por María de Zayas y no cree que deban ser completamente libres y obedezcan solo a su capricho a la hora de elegir esposo, punto en el que Cañuelo rompe una lanza a favor de la autonomía de la juventud.

6 «Los mas de los ricos, corriendo sin cesar tras quimeras, vienen a gastar su oro en estiércol y no llegan jamás a conocer el precio de la vida» (D. 39: 610). En este discurso bosqueja el ideal de una «razonable medianía».

7 Al derecho natural a la libertad está dedicado el discurso 37.

8 Esos remilgos los hace Yolanda Arencibia en el «Estudio introductorio» a la edición facsímil de *El Pensador*, Gran Canaria, 1999.

La moralidad que él propone no se deduce de los mandamientos de alguna autoridad sino de una filosofía del sentido común. Su actitud fundamentalmente empírica no está reñida con la reflexión ética. Un filósofo venerado por Clavijo, como Francis Bacon,⁹ escribió ensayos morales. Muy bien pudieron inspirarlo la lectura de autores extranjeros que se dirigían a un público burgués aunque tampoco se pueden olvidar la influencia de los clásicos (Cicerón, Séneca, Marco Aurelio y Plinio). Desde luego se aparta de la tradición de los manuales para confesores, representada en España por el *Promptuario de la theologia moral* (1706) de Francisco Larraga, que se reimprimió numerosas veces en el siglo XVIII.

Antes que un decálogo, Clavijo hace una descripción de conductas, resaltando su ridiculez o irracionalidad. Un moderno empirista podría ver una aparente contradicción. Por un lado tenemos la objetividad del observador y, por otro, lo que excita su imaginación y fantasía. Es la paradoja del satírico. Se ve obligado a no hacer retratos, sino «figuras de capricho» o caricaturas amplificando algunos rasgos. El canon de vicios y virtudes esboza solo borrosamente un nuevo criterio de sensatez para moverse por el mundo.

CRÍTICA SOCIAL

Hasta el presente, la crítica literaria —y me incluyo a mí mismo— ha hecho una lectura bastante frívola de *El Pensador*, facilitada, sin duda, por la extensión y detallismo de sus pinturas que tienen por tema a mamás coquetas, señoritos atildados y maridos consentidos. Si bien el horizonte de su observación se limita por lo general a lo doméstico, esto no quiere decir que no denote interés por ideas filosóficas a las que pudo tener acceso durante su estancia en Francia. Las huellas de la enciclopedia de Diderot y de las obras de Montesquieu y Rousseau se detectan en los artículos que se refieren al comercio (P. 38), a la necesidad de dar fundamento a la jurisprudencia y a la crianza y educación de los hijos.

Tomando como ejemplo el pensamiento 12, dedicado a la educación, vemos en el exordio que Clavijo es plenamente consciente de la amplitud del tema y de su relevancia social y política, puesto que incluye también el nivel de las cátedras y los tribunales. La lectura de Helvétius hay que presuponerla así como la de Buffon (edades del hombre) y Rousseau (argumentación sentimental). Que se centre en los primeros pasos de la vida del hombre, la crianza, no debe sorprender y no implica ninguna trivialización ni que se pone anteojeras para no ver el conjunto. Tajantemente declara: «...hoy todos los hombres conocen que tienen derecho a instruirse...» (P. 63: 188).

La diferencia con *El Censor* (D. 18, D. 35 y D. 95) es que este se preocupa más por la relación entre padres e hijos adultos. En ambos casos se tienen en cuenta las leyes de la naturaleza. Clavijo y Cañuelo coinciden en subrayar la responsabilidad de los padres a la hora de educar a los hijos. Clavijo advierte que los ancianos no se deben extrañar de que los hijos no los atiendan en la vejez puesto que ellos mismos no han cumplido con ellos las obligaciones naturales (P. 33) en sus primeros años y, además, han elegido malos ayos (P. 63). Pero no se queda en estos detalles sino que también expone los objetivos finales de la educación en consonancia con los principios de la vida en sociedad.

Aunque Clavijo se demora en anotar los defectos de los padres que miman demasiado a sus hijos o los abandonan en manos de sirvientes, cuando no sirven de mal ejemplo a los jóvenes de ambos sexos, también hace breves incisos sobre los otros grados de la

⁹ Lo elogia en el pensamiento 88 (181). Algunos de esos ensayos morales de Bacon los traducirá e integrará más tarde (1789) Cristóbal Cladera en su periódico *Espíritu de los mejores diarios...*, por ejemplo, en los números 15 y 18. Otro autor inglés es Bolingbroke.

educación. Critica la Universidad dominada por el método escolástico. Los exámenes de los opositores, frecuentemente, son amañados y no tienen valor alguno. Esta crítica la ampliará Cañuelo en el discurso 30 (464 y ss.) donde esos currículos mendaces sirven para preparar socialmente y obtener cargos bien remunerados.

Los colegios universitarios, por ejemplo, son escuela de malos hábitos. En las cátedras reinan «pedantesco alboroto», algarabía y palabrería (P. 19: 166). En las oposiciones ganan los más fulleros y tramposos (P. 81 y P. 82). Todo esto lo dice Clavijo cuando se está poniendo en marcha una reforma de los estudios, la cual, más tarde, será juzgada por *El Censor* como un auténtico fracaso ya que, lo poco que se hizo, no siguió los criterios de la nueva ciencia baconiana, sino el humanismo trasnochado de los mayansianos de la Corte. A Bacon, dirá, no le dejan entrar en las facultades (P. 83: 181 y ss.).

Ambos abundan en las críticas al sistema escolástico: disputas absurdas, distinciones fantásticas y recurso a autoridades. Está claro que Clavijo se inclina por la ciencia empírica de Bacon. Él mismo redactó un proyecto para instaurar en el país una Academia de Ciencias (para la que estaba destinado el edificio que hoy ocupa el Museo del Prado). No es propiamente un escéptico, opuesto al dogmatismo y abierto a la duda, como en la generación anterior lo fueron Feijoo y Martín Martínez, pero a todos ellos les une el común rechazo a la jerigonza escolástica, meramente conceptual (P. 19: 186). Indirectamente critica la reforma universitaria auspiciada por el Gobierno y realizada por Francisco Pérez Bayer, la cual resultó inapropiada para introducir la ciencia moderna en las aulas. El humanista valenciano era un especialista en lenguas antiguas, con nula comprensión de la metodología empírica. Cañuelo coincide en la misma valoración (D. 59 y D. 61) pero ya tiene que enfrentarse con la restauración del tomismo en los años ochenta. Concretamente se trata de la introducción en las universidades de los textos de Antoine Goudin y Salvatore Roselli, los cuales combaten la física posterior a Newton.

De igual manera, Clavijo y Cañuelo abogan por la democratización del saber y de la discusión. Defienden a los pensadores de capa y espada, esto es, a los seglares (P. 88: 176; D. III: 808), a los cuales no les privan de la palabra por no pertenecer a la jerarquía del saber. Ambos critican el monopolio de la verdad que intentan arrogarse el clero y los profesores universitarios.

Al margen de reformas sectoriales en el ámbito de la cultura hay que tener presente que la piedra angular y el hilo conductor que confieren identidad al movimiento ilustrado liderado por los periodistas es la valoración del trabajo. Esa línea comienza en Feijoo y se prolonga a través de periodistas como Enrique de Graef (*Discursos mercuriales*, 1751), Clavijo (*El Pensador* 1762), Manuel Rubín de Celis (*Discursos políticos y morales sobre adagios castellanos*, 1767) y llega hasta Cañuelo (*El Censor*, 1781).¹⁰ El vicio opuesto es la ociosidad, que se pone en el origen de todos los males. La pintura de petimetres, cortejos y de gentes que no tienen otra ocupación que el continuo visiteo no se queda en un cuadro costumbrista, sino que es comprensible en un marco político más amplio. El trabajo no es un castigo o sinónimo de dolor sino algo connatural a la naturaleza del hombre. En cuanto individuo que desea sobrevivir y es miembro de una sociedad, sin la cual no puede existir y tener descendencia, necesita de los otros. Esa reflexión es lo que distingue al pensador ilustrado de la mentalidad barroca, obsesionada por la transcendencia y atenta más a la muerte que a la vida. Rubín de Celis lo equipara a la auténtica virtud y, por lo tanto, confiere dignidad y honor. Expresa tal principio con las palabras de Job (c. V, v. 7): «Homo nascitur ad laborem et avis ad volatum» (Prólogo). No hay que pensar en el pecado origi-

¹⁰ J. M. Caso (Caso, 1990) no está seguro a la hora de calificar de «ilustrado» el periódico de Clavijo.

nal o siempre estar triste porque hay que trabajar. La teología queda al margen, lo mismo que el implorar a la Fortuna (ibíd., Adagio sexto).

Clavijo (P. 52) inicia una reflexión sobre la fortuna, opuesta a la virtud, que a primera vista parece una repetición de las ideas estoicas antiguas y renacentistas, pero que tiene el trasfondo de la nueva pasión por la lotería nacional recién creada por Carlos III (1763). Cañuelo (D. 43 y D. 44) se ríe de los escrúpulos de algunos moralistas y de los que se asombran de que en este juego «siempre gane el rey» y pasa a contemplar la «gran lotería del mundo», donde unos por nacimiento están condenados a la miseria y otros, también por nacimiento, a recibir honores y vivir en la opulencia.

Que el trabajo no tuviera gran apoyo en la teología y que Clavijo recurriera a fuentes laicas, explica que Cañuelo quisiera cubrirse las espaldas iniciando su discurso sobre la ociosidad con una cita del Cardenal Polignac (D. 4) en la que sostiene la tesis de que el socorro mutuo debido a las deficiencias de los individuos está en el origen del pacto social. Esa explicación, no obstante, es un lugar común en la Ilustración europea y la difunde la propia Enciclopedia francesa. En realidad, la prefiere a la hipótesis de Hobbes, en la que el absolutismo buscaba su legitimación: solo el temor hizo que los hombres primitivos hicieran un pacto de sujeción con el más fuerte para que este los defendiera, pero a costa de entregar su libertad.

Aunque Clavijo no trata de forma tan extensa como Cañuelo las injusticias sociales, ocasionalmente también alza la mirada a un horizonte más amplio que el de la familia. Comenta las diferencias físicas que hacen necesarias las prestaciones recíprocas. Habla de la igualdad moral entre todos los hombres. Desde una nueva sensibilidad de la propia dignidad criticará tales tratamientos como «excelencia» o «ilustrísima» (P. 15) que subrayan una distinción de clases y una dignidad que en realidad no existen.

La teoría sobre la sociedad la desarrolla Clavijo en los pensamientos 60 y 61. Acudiendo a textos estoicos de Séneca y Cicerón subraya la necesaria beneficencia entre ciudadanos que hace de fundamento a la vida en común. Esa dependencia de los otros es general y de ahí la igualdad básica entre todos los humanos, lo cual no implica que todos sean iguales físicamente. Precisamente la desigualdad hace más imperioso el principio de ser benéficos, esto es, de ser útiles a la comunidad y de socorrerse mutuamente. Los egoístas que viven solo para sí mismos y aquellos con posesiones que miran con indiferencia los males de los demás hombres no son dignos de gozar de honor y reconocimiento. El sentimiento de igualdad que debe sustituir a las diferencias protocolarias en el trato cotidiano responde al pensamiento filosófico de la época. Apunta también a establecer un mayor equilibrio entre las fortunas. Aconseja, lógicamente, el reparto de tierras. Clavijo comulga con el ideario de los ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII.

La cuestión de la aportación útil al común es la base de la crítica al Antiguo Régimen, en el que el trabajo se relega a la clase baja mientras que los privilegiados viven del esfuerzo ajeno. Además, como lo dijo Diderot y lo parafrasea Cañuelo, los nobles crean siervos y los clérigos mendigos. Ninguno de esos dos estamentos aprecia y premia adecuadamente el trabajo sino que lo desdeña con argumentos distintos. Esos lacayos de los que presumen los potentados serían sustituibles por monos (*El Censor*, D. 2). Clavijo, con Cañuelo, considera, en cambio, que el trabajo da origen al honor auténtico. Es una ocupación en beneficio propio y ajeno. Lo define como «beneficencia civil», por la cual el particular aspira a obtener el reconocimiento de los favorecidos por su labor.

Clavijo propone en sus pensamientos un modelo de familia nuclear de progenitores dedicados a la educación de la prole. Se opone a la desfiguración que ha sufrido el matrimonio con la intromisión en las decisiones propias de la economía doméstica de cortejos, nodrizas, sastres y peluqueros, así como de directores espirituales. Los malos ayos,

elegidos por los padres, que se despreocupan de sus hijos no forman el carácter; emplean en los castigos un rigor absurdo; transmiten a sus pupilos los propios defectos. Cañuelo (D. 28) censura esa severidad excesiva y los castigos corporales por improcedentes que acaban apagando el afecto y alejando a los hijos de los padres (D. 35).

El atacar las modas confiere a Clavijo un cierto aire conservador. No se limita a recomendar más recato sino que retarda la plena autonomía de los jóvenes. La elección de marido es un punto donde en el tono diverge de Cañuelo, el cual legitima con más decisión la inclinación natural y la libertad de los que van a contraer matrimonio. Hay que recordar que entre los periódicos de uno y otro Carlos III emitió una pragmática (1776) desaprobando los matrimonios desiguales y sin consentimiento paterno, a la cual se opondrá la mayoría de los ilustrados. Clavijo todavía muestra algunas reticencias a propósito de la libre elección del cónyuge pues podría ser un posible capricho de niña mal educada que se opone al sensato cálculo de los padres (P. 20: 220), pero, advierte, «...querer privarla del voto de elección, es intolerable...» (P. 78: 98) ya que, en último término, ellas son las que tienen que apear con las consecuencias.

A Cañuelo le interesan menos los defectillos de los particulares. Se ocupa, como señaló Juan Sempere y Guarinos, de los asuntos de Estado, utilizando a veces circunloquios, proponiendo ejemplos y elogiando lo que todavía no es realidad, pero que se exponen como las mejores intenciones de monarcas y ministros (D. 32). Sin embargo, sería falso incluir a Clavijo entre los periodistas que solo hablaron de modas y espectáculos. Los mismos lectores de *El Pensador* se dieron cuenta de que el periódico entraba en cuestiones de mayor calibre y estaban divididos entre los que deseaban que prosiguiera escribiendo artículos serios y los que pedían que se atuviera al género humorístico (P. 64: 217).

Que los mayorazgos suelen ser incultos, ociosos y tienen ínfulas de grandeza, es una opinión que repiten Clavijo, Cadalso y Cañuelo, pero este último, de acuerdo con los economistas, ataca la institución misma, la cual introduce desigualdad entre los hermanos y vincula las propiedades sustrayéndolas al mercado. Por eso exige llanamente su abolición.

Las leyes que introdujeron el mayorazgo prestaron la base económica a una nobleza, cuya cualidad no va unida al mérito y la virtud. En ambos periódicos se argumenta diciendo que la nobleza sin virtud es absurda y que sus privilegios son ilegítimos. Ambos también documentan que la nobleza ha perdido prestigio y que no merece que se le reserven cargos o funciones en la sociedad. Clavijo no muestra la misma acritud en las denuncias pero coincide con Cañuelo en la valoración. El espíritu filosófico del tiempo —dirá— no acepta que los nobles se crean superiores (P. 15) ya que es evidente su notoria aversión al trabajo y a los estudios.

Las sátiras a la nobleza aumentan en las décadas que preceden la Gran Revolución. Clavijo considera la pérdida de tiempo como uno de los mayores vicios (P. 73) de los que viven de rentas. Cañuelo trayendo a colación una cita de La Fontaine define a un noble como a un hombre que se pasa media vida durmiendo y la otra media sin hacer nada. Un diálogo todavía más ácido entre un trabajador y un noble lo imprime Cañuelo en los últimos números de *El Censor* (D. 162 y D. 163).

Indudablemente la polémica sobre la necesidad de la nobleza dentro de la monarquía se recrudece con el paso de los años. La *Memoria* que Pedro Antonio Sánchez en 1781 envía a la Sociedad Económica Matritense desencadena la discusión y obliga al Gobierno en 1783 a declarar que ningún oficio útil hace perder el honor y que, por tanto, esos artesanos no pueden ser discriminados a la hora de optar a cargos.¹¹ No obstante Campomanes se aferra en mantener la diferencia entre aristocracia y plebe como algo esencial a la

¹¹ Cf. *Revista de trabajo*, 22, 1968, p. 234.

constitución monárquica (Rodríguez Campomanes, 1978: 66). *El Censor* participa en esa polémica con el discurso 60 poniéndose al lado de los que consideran nocivo conservar los privilegios de una nobleza ociosa.

Otro ejemplo de que Clavijo sobrepasa el ámbito doméstico lo demuestra el pensamiento 16, en el que trata de la necesidad de formar un cuerpo de leyes completo en el idioma patrio y corriente. Implícitamente está criticando una administración de la justicia insegura y arbitraria, porque cada juez o cada abogado puede acudir a legislaciones pretéritas e incluso a las leyes romanas. No pide una «recopilación»¹² sino una codificación sistemática, con pocas leyes, que sean iguales, claras e inteligibles para todos. Es una exigencia que repetirá y ampliará Cañuelo en los discursos 12, 13 y 88 y que no se queda en la polémica que se refiere a si hay que dar preferencia a las leyes patrias o a las leyes de los romanos. Un cuerpo de leyes completo es un código de nueva factura, dictado por la razón y no por tradiciones. La práctica absolutista de legislar por derecho de gracia y con decretos particulares ya no convence a los ilustrados.

CRÍTICA A LA RELIGIÓN

En la actitud respecto a la religión hay igualmente claros paralelismos entre Clavijo y Cañuelo. Ambos se declaran abiertamente creyentes y fieles a la tradición cristiana. También ambos lamentan que la religión y, sobre todo, el clero no haya luchado contra la superstición y permita en silencio todas aquellas irreverencias (P. 28) e impropiedades que aquejan a la piedad popular o a la visita a los templos. En el discurso 94 Cañuelo no se muerde la lengua: el cristianismo español se reduce a meras exterioridades (p. 483) y al clero no le interesa desengañar al pueblo de sus errores mientras que se beneficie de ellos.

Clavijo constata la complicidad con las supersticiones y una gran astucia para enlazar lo sacro con lo profano (P. 76: 74). En lo que pasa por cristianismo se han introducido multitud de actos próximos a la idolatría y en lugar del mensaje evangélico se cultiva un folklore especial. Clavijo se centra en los autos sacramentales o en la manera de celebrar la muerte de Jesucristo y Cañuelo en los villancicos navideños. Pero también se refieren a otras muchas manifestaciones de devociones populares con las cuales ya tuvieron problemas algunos de los obispos llamados «jansenistas».¹³

El ejemplo más grave de la degradación del mensaje evangélico es la predicación. Llamen la atención sobre la deficiente formación de muchos predicadores y sobre la absurda erudición de sus sermones, cosa que ya había ridiculizado el P. José Francisco de Isla.¹⁴ El púlpito se ha convertido en una especie de teatro en donde el preste hace aspavientos y declama a voz en grito frases sin sentido. Clavijo toma como objeto directo de su crítica el *Despertador cristiano de sermones doctrinales* (Granada, 1684) de José de Barcia y Zambrana, pero igualmente habría podido cebarse en modelos más contemporáneos (cf. Sánchez-Blanco, 1992: 76-81; Bittoun-Debruyne, 2004). Tal crítica, como deja entender Clavijo, no la acepta la Inquisición, la cual aplica sus drásticos métodos para reprimirla.

Cañuelo es más explícito cuando arremete contra el método inquisitorial de husmear herejías por todas partes, de amilanar a los autores y de prohibir libros (D. 23). A continuación, como contrapunto costumbrista, traza una pintura mordaz de las hermandades que

¹² Para Cañuelo (D. 54), la nueva recopilación, inspirada por Campomanes, no era más que «un trastorno de las leyes».

¹³ Un botón de muestra, entre muchos, es el de la devoción de los mallorquines a Raimundo Lulio.

¹⁴ Una defensa de su *Fray Gerundio* y la correspondiente observación sobre los escollos en los que naufragó su autor la hallamos en el pensamiento 24 (313). La Inquisición incluyó la obra de Isla en el *Índice* de 1790 y prohibió incluso su defensa, p. 114.

organizan procesiones con enorme lujo y que dan importancia a cómo van vestidas las imágenes o cuántas velas deben acompañarlas (D. 24). Los obispos, jansenistas o no, solo en contadas ocasiones tomaron cartas en el asunto con intención de reprimir tales ridiculeces de la religión popular, mientras que los inquisidores persiguieron a autores que habían escrito obras de mérito. Todo eso viene a reforzar lo que ha dicho en la entrega anterior y al mismo tiempo a mostrar distintas actitudes dentro de la propia Iglesia. Precisamente en el discurso 46 Cañuelo se lamenta de que los predicadores hablen continuamente de ateos e incrédulos pero toleren supersticiones como las del escapulario que sirve de protección contra las balas. Este discurso levantó el griterío del clero y *El Censor* tuvo que interrumpir su labor una temporada.

Tanto Clavijo como Cañuelo piensan que el tribunal inquisitorial se excede en sus atribuciones y se ensaña con los escritores. El clero ultraortodoxo y antifilosófico ha creado una atmósfera contraria a todo lo que conlleva nuevos conocimientos o que proviene del extranjero. Barrunta por todas partes herejías y ateos, fomentando así la ignorancia, cosa que ya insinuó Clavijo (P. 19). Pero lo más decisivo en ambos es que, con el Nuevo Testamento, consideren que la fe sin obras es hueca por mucho que los creyentes digan que están dispuestos a defender la fe con la espada lo mismo que sus abuelos matando a mahometanos y protestantes. Clavijo minimiza la importancia de ritos y símbolos. En el pensamiento 22 afirma que «...es preciso que nos esmeremos en unir en igual modo las virtudes morales con las prácticas del Christianismo» (p. 263). En el fondo está claro que ambos periodistas se inclinan por dar preferencia a una conducta honesta a defender dogmas solo de boquilla o identificar la religión con determinados ritos. Estamos ante una versión muy diluida del deísmo dieciochesco. La crisis de la conciencia europea tiene mucho que ver con el hecho de que la ética empieza a considerarse más importante que el mero culto externo o la repetición de ininteligibles fórmulas dogmáticas.

Clavijo pone en boca de un turco juicios sobre la religiosidad en España que suenan a sarcasmo volteriano. A ese mahometano le sorprende que en España la religión se reduzca a «actos exteriores, con que parece que pretenden engañar a Dios para entrar en el paraíso, y tal vez a los hombres para lograr honores y empleos a título de devoción, de que suelen hacer un infame comercio» (P. 45: 65); su Dios —dice— debe andar desocupado, porque para todo acuden con sus problemas a los santos y, más que nada, a imágenes particulares de alguno de ellos. Tales creyentes alaban una moral que después no practican.

Cañuelo afronta una cuestión más espinosa que la de unir la religiosidad a la honestidad. Desea demostrar contra los argumentos de Pierre Bayle¹⁵ y el Barón de Holbach que el cristianismo ni sacrifica la felicidad en este mundo en aras de una felicidad en el cielo o que un cristiano no puede ser un buen ciudadano porque se somete a la voluntad de los sacerdotes en lugar de obedecer la ley. Para ello tiene que alejarse de una teología de la perfección cristiana (celibato, obediencia, huida del mundo) que justificaría las objeciones de los modernos filósofos. Su preocupación le lleva a proponer una conciliación entre las ideas de justicia social y de desarrollo científico con la religión o para hacer que principios evangélicos como la limosna (D. 19) no redunden en perjuicio del Estado.

El Censor publica la carta de un marroquí residente en España (D. 87), que podría ser imitación de las que ya corrían manuscritas de Cadalso. El extranjero se asombra de que los tratados escolásticos de moral, en los cuales, con tantos distingos, se llega a justificar una serie de delitos que lo son tales por la razón natural. En otro discurso presenta también

¹⁵ En el discurso 44 afirma: «yo no pienso como Bayle» (698), el cual había dicho que la vía de la perfección cristiana era contraria a la felicidad y progreso de los estados. No obstante para él es evidente que el cristianismo no se puede identificar con «cierta» teología que provoca tales críticas.

a un moralista que cree hacer un gran favor a la humanidad, al mismo tiempo que dejaría desierto el infierno de los católicos, si, a base de «arbitrios sutiles e ingeniosos», la usura, el perjurio y la simonía no fueran considerados pecados (D. 18: 280).

LAS DIVERSIONES

Que las diversiones para multitudes son necesarias en las ciudades populosas (P. 23: 295), no lo discute Clavijo, pero sí que esa necesidad se concrete en correr toros, por las secuelas mortíferas y de depravación de sentimientos que conlleva el sangriento espectáculo. Lo califica de «barbarie» (P. 76: 64), palabra que utilizará Goya en la portada de su «tauromaquia». Es consciente de que la costumbre es muy antigua y está muy arraigada en el vulgo como forma de mostrar valor, pero no todo lo pretérito debe conservarse. Cañuelo, por su parte, en el discurso 25 (386) ya advierte que arriesgar ante una bestia el bien preciado de la vida solo por interés pecuniario no debe ser digno de admiración o de ser celebrado por la masa.

El teatro, en opinión de Clavijo, tendría que ser algo más que pura diversión y, sobre todo, no debe contribuir a embrutecer a la gente, la cual ni percibe las estupideces de los relatos históricos ni se deja atraer por una moral limpia de los personajes, sino todo lo contrario. Sus héroes son bandoleros, rebeldes o majos y los autores se pliegan al gusto de la plebe en lugar de corregir sus falsas apreciaciones. El teatro debería cumplir la función política de educar a la masa. Es la tesis repetida por los reformadores que se orientan por modelos de la literatura clásica. El fin pedagógico, sin embargo, no lo entienden en el sentido de sustituir el escenario por una cátedra. Más que las recomendables tres unidades, lo que al reformador le interesa es que el teatro no sea una escuela de obscenidades, que no contenga apologías de delincuentes y que no propague creencias mágicas, por supuesto, reñidas con la razón, la historia y las buenas costumbres. Por eso no se puede hablar de un rígido neoclasicismo.¹⁶ La categoría del buen gusto, a la que ellos se acogen, es más amplia que la mera imposición de reglas. La preocupación política es superior a la estética. Clavijo en el pensamiento 22 arroja la cuestión sobre si el teatro es útil o dañoso a las costumbres. En el estado actual le parece una escuela de corrupción.

Las quejas sobre el espectáculo teatral ocupan gran espacio en *El Pensador* mientras que en *El Censor* ese asunto no se repite de forma tan obsesiva o, por lo menos, intenta esquivarlo. El compromiso con la reforma del teatro es mucho más claro en Clavijo que en Cañuelo. *El Censor* confiesa ya en la misma autopresentación que no es aficionado a las comedias ni a hablar de comediantes y toreros. Tampoco cree que participar en esa discusión, que enciende los ánimos de sus compatriotas, lleve a ninguna parte: es «machacar hierro frío» (D. 92). No obstante abre las páginas a algunos colaboradores partidarios del programa de Luzán. Cañuelo repite ideas similares en el discurso 32, donde recuerda los esfuerzos de Clavijo y Nicolás Fernández de Moratín (510) por mejorar el espectáculo, lo mismo que confiesa que se siente conmovido ante una comedia de nuevo cuño como *El delincuente honrado* de Gaspar Melchor de Jovellanos. Que las comedias representadas en los teatros madrileños de la época no colaboran a educar a la plebe es una apreciación que comparten ambos.

Relacionada con la estética está la preferencia por narrar sueños, que ya está presente en Clavijo (P. 79).¹⁷ Cañuelo los utiliza como contrapunto a la observación y pintura de

¹⁶ En el pensamiento 74, al hablar de los oradores, Clavijo sentencia: «Sentir vivamente y decir lo que se quiera. Esta es la elocuencia y estas sus reglas, que se aprenden en el corazón del hombre, en quien llegan a juntarse una impresión viva y una concepción fácil [...]. Con las reglas se suelen formar famosos pedantes...» (35).

¹⁷ Se parecen más a los sueños de Diderot que a los de Quevedo.

la realidad. *El Censor* afirma algo que podría firmar Goya: «...si quisiese contentarlos [a los lectores], mi obra no vendría a ser sino una colección de visiones» (D. 54: 114). Clavijo había subrayado el papel que la fantasía (caricaturas, hipérbolos) en la actividad del pensador, pero Cañuelo al extraer las imágenes de lo onírico les añade una nota profética y de temor. Los sueños son irrealidades de deseos incumplidos o de premoniciones inquietantes (D. 50). Hablar a estas alturas de realismo neoclásico tiene poco sentido.

El sueño ayuda a Cañuelo a descubrir lo que hay detrás de las apariencias. Una lente mágica le permite ver lo que hay en las cabezas y los corazones. En escenas soñadas aparecen personificados los valores por los que se rigen los españoles (D. 54). Clavijo, en lugar de acudir explícitamente a lo onírico, utiliza el procedimiento de hacer hablar a los dioses del Olimpo sobre cosas actuales. En ambos casos la presunta irrealidad sirve de medio para juzgar lo real.

NACIONALES Y EXTRANJEROS

El contraste entre lo propio y lo extraño es una constante en los escritos de los ilustrados. Indudablemente esa comparación está relacionada con la moda de correr cortes y con los contactos con turistas que vienen a España e informan a amigos de lo que observan. Clavijo expone las premisas para que los viajes sean útiles (P. 19). En el pensamiento 75 cita la *Historia general de los viajes* para referir la conversación de un francés y un iroqués. Dialogan los conquistadores europeos con «buenos» salvajes americanos, que encarnan una moral natural más racional que la de los presuntamente civilizados.

Los viajes ayudarían si los viajeros se interesaran por la industria y por las instituciones de otros países o por comparar los adelantos y atrasos en que se hallan las naciones que visitan. Aprender a contrastar las costumbres es conveniente si así se eliminan prejuicios (P. 16). Entonces los viajes ilustran. La mayoría de los viajeros, sin embargo, no se enteran de nada o toman contacto solo con aspectos superficiales. Cadalso, en *Los eruditos a la violeta*, se reirá de los que visitan otros países sin conocer su propia patria, tanto en su realidad física y social como literaria. Lo peor es que algunos que retornan de correr cortes critican por sistema los hábitos de los connacionales y alaban sin fundamento lo de fuera, dando lugar a reacciones de rechazo. La imitación de lo ajeno y la defensa de lo propio lleva a una confrontación especial en España durante la segunda mitad del siglo XVIII. El amor a la patria hace de pantalla a la ignorancia y mueve a defender errores y ridiculeces que se instalaron en siglos pasados (P. 76: 63). El orgullo nacional los inclina a creer que no tienen que aprender de nadie porque poseen la mejor literatura, los mejores profesionales y el mejor sistema político, a pesar de que en cada momento se sirven de libros e inventos de más allá de nuestras fronteras.

Contra la exaltación de lo nacional, que prohíbe las críticas, los ilustrados propugnan el cosmopolitismo y la universalidad de los sentimientos humanos, esto es, de la ley natural, común a todos los hombres por encima de religiones y civilizaciones. Tanto en la estimación de las virtudes como en el conocimiento de las leyes físicas se puede alcanzar un consenso. Ni la ciencia ni la moral son algo reservado a un pueblo especial. Pero en todas las civilizaciones también se han introducido vicios y, por eso, no se las puede imitar ingenuamente.

La visión del extranjero, en forma de cartas o relatos ficticios, contiene casi siempre una equiparación de la razón natural con las costumbres y los gustos vigentes en el propio país. El visitante extranjero adopta la perspectiva del ingenuo que observa sin prejuicios lo que los nacionales consideran normal. Clavijo utiliza ese procedimiento para resaltar las extravagancias de las comedias nacionales (P. 3). En cierto momento, un canadiense

(P. 32) habla sobre las relaciones naturales de sociedad, del socorro mutuo afirmando que la legislación está ahí para corregir las desigualdades que se hayan ido introduciendo. Un mahometano se asombra por su parte de la religiosidad hispana. Hay que recordar que Clavijo publica estas reflexiones de ficticios extranjeros, inmediatamente antes de que José de Cadalso redacte sus *Cartas marruecas* y antes de que Nicolas Masson de Morvilliers escriba críticamente sobre el estado actual de España. El procedimiento de comparar las naciones o de referir lo que no posee el propio país lo venía utilizando el grupo de españoles ilustrados. El nacionalismo y la xenofobia es lógicamente la actitud opuesta, con el fin de mantener las cosas tal y como están. El clero rechazará los libros extranjeros porque responden a una ciencia que desconocen y disimulan su ignorancia sospechando todo tipo de herejías. A esa actitud del clero, temerosa y amenazante a la vez, se enfrentan por igual Clavijo y Cañuelo.

Cañuelo aprovecha la carta de un inglés (D. 22) para indicar las causas de la decadencia de España. A propósito de la agricultura, el viajero describe a los pobres jornaleros que laboran los campos y viven en la mayor indigencia porque las tierras que trabajan no les pertenecen. Su miseria proviene del mal reparto de la propiedad.¹⁸ Enlaza con los análisis de los economistas y coincide con las opiniones que expresó Graef, un extranjero afincado en España, en sus *Discursos mercuriales económico-políticos* en la década de los cincuenta.

Relacionado con la visión de los extranjeros está el tema del patriotismo. Clavijo lo expone en el pensamiento 32, antes de empezar el diálogo entre un personaje muy conocido en Madrid y un criado suyo canadiense, probablemente de raza india. Ese diálogo se refiere sobre todo a la relación de los europeos con los pueblos colonizados en América. El amor a la patria, lo mismo que Cadalso y Cañuelo, lo considera algo positivo, pero esa pasión nacional suele ir acompañada de ceguera e incomprensión a lo que es diferente y, sobre todo, en ella se refugian los que se oponen a cambios o reformas. Ante el fervor nacionalista, el discurso racional se hace imposible. A Clavijo ya le acusan (P. 46) de satirizar la nación por mostrar sus defectos. Es una reacción que anticipa la airada respuesta de los apologistas contra Cañuelo. Los enemigos de la reforma teatral en tiempos de *El Pensador* y de las censuras a la nación en los de *El Censor* son los mismos, y no aportan otro argumento que recurrir a la identidad nacional. En esa tesitura nadie se detiene a distinguir lo que son prejuicios heredados y lo que son valores que haya que defender a pesar de la incomprensión de los extraños.

El problema del orgullo nacional, herido por las críticas al estado de la literatura en España, viene de antiguo. Francisco Mariano Nipho¹⁹ reacciona desmesuradamente en defensa de la nación española contra los juicios negativos de Clavijo sobre el espectáculo teatral de su tiempo. Cañuelo se hace eco de esa discusión y deja hablar en el discurso 59 a uno de los que se sienten ofendidos y preocupados por lo que puedan pensar los extranjeros. Su argumentación es capciosa y sirve para desenmascarar la situación de la Universidad: España tenía gente muy preparada y muy inteligente ya que con apenas seis meses de preparación opositaron y obtuvieron cátedras.²⁰ La última reforma de los estudios no puso en las cátedras recién fundadas a individuos formados en las nuevas ciencias sino que a los mismos escolásticos de siempre, por lo cual no cambió nada. No se valoró ni a los que habían adquirido conocimientos en el extranjero ni a los que eran prácticos en la ciencia experimental.

¹⁸ La cuestión de la mala distribución de la propiedad de las tierras y de su estanco (mayorazgos) vuelve a tratarla en el discurso 52 prosiguiendo lo dicho en el 22. La libertad de enajenarlas sólo será positiva si se prohíbe adquirir nuevas tierras a los que ya poseen grandes fincas.

¹⁹ *La nación española defendida de los insultos del Pensador y sus sequaces...*, Madrid, 1763.

²⁰ Sobre el asunto de las oposiciones tramposas a prebendas eclesiásticas volverá en los pensamientos 81 y 82.

CONCLUSIONES

El periodismo crítico como órgano de expresión de la mentalidad ilustrada tiene en España continuidad y coherencia tanto en las personas como en los temas (cf. Deacon, 2015). Para todos los periodistas, Feijoo es el maestro de referencia. Con «la razón y la experiencia», u observación meditada es el lema bajo el cual se inicia una visión empírica y crítica de la realidad del país. Pero se trata de algo más que de constatar la realidad. Reformar requiere una actitud ética, la cual se va concretizando paulatinamente en un programa de exigencias morales y políticas. El rigorismo contra la mentira, apoyándose en Feijoo (D. 55: 140), es la premisa para no falsear la imagen propia y ajena.²¹ Describir y enjuiciar las costumbres es la consecuencia inmediata de una actitud veraz. La valoración del trabajo y la condena de la ociosidad implican un paso adelante en la observación de la realidad humana y de los lazos que unen a los hombres en sociedad. La estima y justa retribución del trabajo útil da pie a una crítica del régimen político que se irá formulando de forma cada vez más clara y precisa. La desigualdad es nociva para la convivencia pacífica y la libertad de expresión necesaria para corregir vicios y errores comunes. A esto se une la reflexión sobre las relaciones familiares, la educación de la juventud y las virtudes cívicas. Son temas laicos, que supone una evolución que no encontramos todavía en el monje benedictino sino que desarrollan esas clases intermedias que empiezan a tomar conciencia de sí mismas. En todos estos aspectos se constata una estrecha conexión entre los dos grandes periódicos de la Ilustración en España y de sus correspondientes editores, pertenecieran, o no, en algún momento a la misma tertulia.

BIBLIOGRAFÍA

- BITTOUN-DEBRUYNE, Nathalie (2004), «Sociedad y religión en *El Pensador* de Clavijo y Fajardo: La visión de un ilustrado», en Roberto Fernández y Jacques Soubeyroux (eds.), *Historia social y literatura. Familia y clero en España (siglos XIII-XIX)*, Lérida, pp. 59-82.
- CASO GONZÁLEZ, José Miguel (1989), «*El Censor*, ¿obra periódica de Carlos III?», en *El Censor, obra periódica*, edición facsímil con prólogo y estudio de..., Oviedo.
- (1990), «*El Pensador*, ¿periódico ilustrado?», *Estudios de historia social*, 52-53, pp. 99-106.
- CENSOR (1972), *El Censor (1781-1787)*, Barcelona, Labor. Antología y edición de Elsa García-Pandavenes.
- DEACON, Philip (2015), «La prensa española dieciochesca como agente de las Luces», en J. M. Maestre Maestre, M. A. Díaz Gito y A. Romero Ferrer (coords.), *Francisco María Nipho: El nacimiento de la prensa y de la crítica literaria periodística en la España del siglo XVIII*, Alcañiz/Madrid, pp. 225-244.
- DOMERGUE, Lucienne (1981), *Tres calas de la censura dieciochesca (Cadalso, Rousseau, prensa periódica)*, Toulouse.
- NEGRÍN, Olegario (1995), «Locke y Rousseau en *El Pensador* de Clavijo y Fajardo», en *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*, Oviedo, IFESXVIII, 11, pp. 181-194.
- PETERSEN, H (1936), «Notes on the influence of Addison's *Spectator* and Marivaux's *Le Spectateur français* upon *El Pensador*», *Hispanic Review*, IV, pp. 256-263.

²¹ Clavijo concluye *El Pensador* (P. 86) con una reflexión sobre los charlatanes que engañan y desacreditan a los que saben. Es curioso que Cañuelo conecte la mentira con las noticias falsas que llegan sobre las guerras en marcha (D. 58) y con los «infortunios que hemos padecido nosotros y nuestros aliados» (178).

RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro (1978), *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y de su fomento*, Madrid. Ed. de Francisco Aguilar Piñal.

SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco (1992), *La prosa del siglo XVIII*, Madrid

SCHAMA, Simon (1989), *Citizens. A chronicle of the French Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York.

——— (2019), *Ciudadanos. Una crónica de la revolución francesa*, Debate, Barcelona.